

# ‘Si el comandante se opone, lo fusila’

J. J. CARBALLO

ALMERÍA.- La guerra civil comenzó en Almería en la madrugada del 21 de julio de 1936, tres días después del alzamiento contra la República. Dos columnas de hombres armados, pertenecientes a las principales fuerzas acantonadas en la ciudad, el batallón de ametralladoras y la comandancia de Carabineros, avanzan al amanecer desde distintos puntos de la ciudad. Su objetivo es converger en el Paseo para avanzar después hasta la sede del Gobierno Civil, en la calle Javier Sanz. Por el camino ocupan Radio Almería y el edificio de Correos y Telégrafos, con el fin de neutralizar las comunicaciones.

Al llegar a la sede del poder civil encuentran una feroz resistencia. En el interior se han hecho fuertes guardias de asalto mandados por el gobernador civil de la provincia, Juan Peinado Vallejo, a los que se han unido mineros de Serón, que han traído con ellos su dinamita, y un puñado de civiles.

Sin embargo las armas ligeras de que disponen los defensores del Gobierno Civil son insuficientes para contrarrestar el fuego de las ametralladoras de los militares sublevados, y todo hace pensar que la resistencia no podrá durar. Pero de repente, un camión logra romper el cerco y consigue llegar hasta el edificio. Su carga es una ametralladora pesada que viene de Armilla, Granada. Esta inesperada ayuda sería providencial para consolidar la defensa.

La mañana avanza y el sonido de las armas resuena en toda la ciudad, hasta que poco antes de la hora de comer, llega al puerto el destructor Lepanto, mandado por el capitán de fragata Valentín Fuentes, que regresaba de Melilla cuando recibió ordenes de apoyar a los defensores del Gobierno Civil.

La llegada del buque decide finalmente la suerte del levantamiento en Almería. La fuerza de sus cañones, algo de lo que carecían los sublevados, permite a Fuentes lanzar un ultimátum a los insurrectos: o se rinden o abrimos fuego. La mayoría de las fuerzas que asedian al Gobierno Civil, mandadas por el jefe del batallón de ametralladoras y gobernador militar de Almería, Juan Huerta Topete, opta por deponer las armas.

En ese momento Franco envía desde Tetuán un radiograma dirigido al jefe de la comandancia de la Guardia Civil, Gregorio Vázquez

Francisco Franco. «Este corbarde episodio del comandante militar será castigado severamente. En toda España se vence en todas partes donde hay hombres como Guardia Civil de Almería. Tened fe y no perdedla. Se sigue consolidando situación y concentración de legionarios y regulares en Sevilla, que batirán traidores última resistencia. Os abraza, Franco», continúa el radiograma.

Pero el mensaje no sirve para nada. Tras la rendición del grueso de las fuerzas sublevadas, algunos irreductibles se refugian en la sede de la Comandancia de la Guardia Civil, pero sólo pueden resistir hasta las seis de la tarde.

Esta sería la única batalla terrestre que se vería en Almería en toda la Guerra Civil. En el resto de la provincia, el jefe de la Guardia Civil de Cuevas del Almanzora, Pascual Morales, del que dependían los puestos de Vera, Albox, Tijola y Vélez Rubio, había ordenado a sus subordinados que se concentraran en Cuevas para seguir órdenes de Franco, a lo que se negó el responsable de Vélez. Esta situación duraría hasta el día 22 de julio y en este caso no se producirían enfrentamientos.

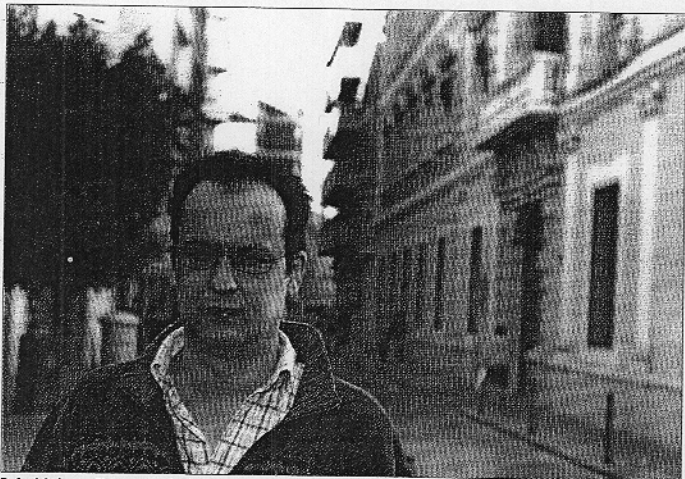
Estos datos han sido recopilados a lo largo de muchos años de investigación por uno de los mejores conocedores de los sucesos que acecieron en Almería durante los tres años que duró la contienda civil, el doctor en Historia y profesor de la UAL, Rafael Quirosa-Cheyrouze.

Este hombre de 44 años, edad que no aparenta, reconocido autor de varios libros, centró su tesis doctoral en la Guerra Civil en Almería, y desde la UAL dirige un equipo de investigación que examina aspectos de la historia del tiempo presente.

Posos supervivientes quedan ya en Almería, testigos de aquellos años que convulsionaron a nuestro país. Uno de ellos es Ramón Martínez, quien tenía 16 años cuando estalló la contienda.

Este apacible jubilado, cuya mente mantiene una espléndida lucidez, vivía en Castro de Filabres y recuerda con claridad, las noches pegado a la radio junto a su familia en el pequeño pueblo serrano, que entonces contaba con menos de 100 vecinos. «Veíamos pasar a los aviones, pero no pasamos miedo en el pueblo, aunque si hubo vecinos que pasaron mucha hambre, pero no mi familia».

\*(Mañana, capítulo II. Los bombardeos)



Rafael Quirosa-Cheyrouze, doctor en Historia, frente a la que fuera sede de la Comandancia Militar. / J. ALONSO



Ramón Martínez, un lúcido jubilado de 86 años. / M. M.



Efecto de un bombardeo sobre un edificio.

«General Franco a teniente general de la Guardia Civil de Almería: Tome mando comandancia militar y si el comandante militar se opone, lo fusila»

La llegada del destructor Lepanto al puerto, al mando del capitán de fragata Valentín Fuentes, fue decisiva para el fin de la sublevación

Mascardí, que dice textualmente: «General Franco a teniente coronel de la Guardia Civil Almería. Tome mando Comandancia Militar y si comandante militar se opone lo fusi-

la». Eran poco después de las doce de la mañana del 21 de abril de 1936 cuando el jefe de la Benemérita en Almería recibía este telegrama del jefe de los sublevados contra la Re-